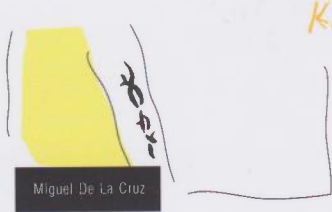




EL Vestido de *la Reina*
Kitsch



Copyright © 2019 Miguel De La Cruz

Primera edición, 2019.
ISBN: 978-0-9990314-9-0

All rights reserved. No part of this book may be used or reproduced in any manner whatsoever without written permission except in the case of brief quotations embodied in critical articles and reviews.

Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

Diseño e ilustraciones: Jair Tapia
Maquetación: Nadia Al-Rajaibi
Cuidado de la edición: Diego Ordaz

Brown Buffalo Press
(505)819-3557
Santa Fe New Mexico, USA
<https://www.brownbuffalopress.com>
brownbuffalopress@protonmail.com

El Vestido de la Reina Kitsch Miguel De La Cruz



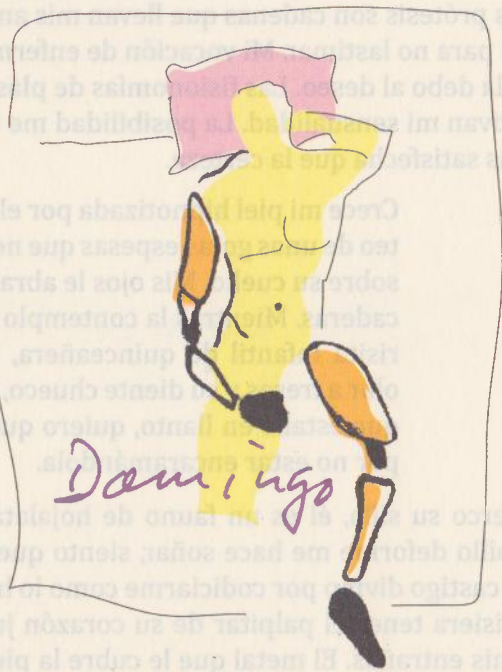
Domingo

Las prótesis son cadenas que llevan mis amantes para no lastimar. Mi vocación de enfermera se la debo al deseo. Las fisionomías de plástico activan mi sensualidad. La posibilidad me deja más satisfecha que la certeza.

Crece mi piel hipnotizada por el golpeo de unas gotas espesas que no secan sobre su cuello. Mis ojos le abrasan las caderas. Mientras la contemplo con su risita infantil de quinceañera, con su olor a fresas y su diente chueco, quiero que estalle en llanto, quiero que sufra por no estar encaramándola.

Acerco su silla, él es un fauno de hojalata. El tobillo deforme me hace soñar, siento que fue un castigo divino por codiciarme como lo hace. Quisiera tener el palpitar de su corazón junto a mis entrañas. El metal que le cubre la pierna humedece mis sentidos.

Domingo



Domingo

La presencia de la jovencita marca los inicios de semana. Es obvio que disfruta las caricias que le doy. Estremece sus hombros mientras le paseo el brazo mutilado sobre la avenida de su espalda. Aprovecho mi aspecto inofensivo para cederle el control. Me imagino enterrándome bajo la arena de su tez.

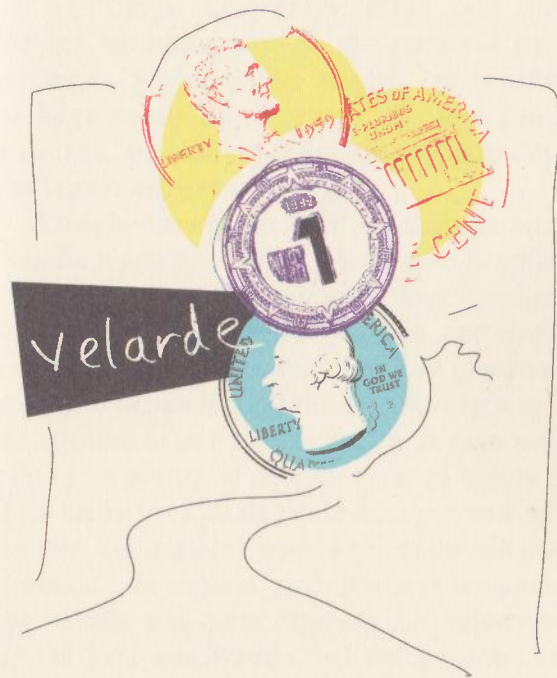
Escurre su jugo albino, mi pecho se agita al brotar de su entrepierna abultada. Es primitivo como el olor a sudor y su cabello alborotado. Acerca su brazo incompleto. Me mojo los labios. Toco su rostro, busco su lengua con mis dedos y él lame. El indicio se hace infinito, su saliva envuelve mi cuerpo.

Disfruto al verla enredándose el cabello entre sus dedos. Gozo cuando se despide, bendita su mano sobre mi pierna, bendita mientras mi ser explota. Desde que estoy en el hospicio ella me visita los domingos. La gangrena ha ido carcomiéndome la prudencia, mi enfermera lo sabe, por eso sonrío.

Velarde

Si no me hubieran mandado ese día en el camión tú no estarías aquí. Para ese entonces, las muchachitas que se iban a Juárez terminaban de cantineras, yo no quería venirme para acá. En el pueblo había mucha necesidad, mi amá me mandó para que les ayudara. Yo terminé en una vecindad de la calle Velarde, fui muy afortunada porque mi patrona era buena y la niña que le cuidaba me quería, hasta me decía mamá. La extraño.

Tenía los ojos humedecidos. Esos guantes llenos de agujeros recorrían su cabello enmarañado dándole forma. Nunca antes me había conmovido con las anécdotas que platicaba *La Camelia*. Me convertí en su *Mijito* desde el día en que notó nuestros encuentros constantes. A diario la busco para entregarle unas monedas, conozco el itinerario de su recorrido por el centro. No sé qué sería de mí si algún día desapareciera de las calles.



El Vestido de la Reina Kitsch

Siervos los que me siguen alabando con sus ojos; murmuran mi nombre al no verme, soy su Diosa. Consientes están que soy efímera, un holograma de paz para sus perversiones. Existo en su aliento, les insulto, les hago sentir insuficientes. Yo les palmeo la cabeza, les acaricio el hocico mientras dejo que laman mi mano.

Antes le daba bronca ser la única que apasionaba a sus profesores, sentir que la veían diferente, como invitándola, mordiéndose el labio. Ella les notaba el pulso acelerado brotándoles cerca del ombligo. Las maestras le exigían demasiado, la ponían en vergüenza, crucificándola por ser bonita. En su casa solo había tres platos, el de ella, el de su madre y el de Little Joey, cuatro cucharas y pocos alimentos. Su delgadez podría ser deducida por la escasez de comida, pero prefería imaginar que llevaba una dieta rigurosa. Las telenovelas las veía suspirando, los chicos eran un objeto, soñaba que su marido fuera parte de su atuendo, como una moda que la adornara. Todo funcionaría en torno a ella. Un auto combinándole con cada estilo de bolso, con su humor, con su color de zapatos, con su sonrisa.

Los tacones son tan altos que se tambalea al caminar. Adorna su cuerpo, llenándolo de tinta. El alcohol y la cocaína siguen sosteniéndola de la mano, acompañan sus pasos al caminar. Los atuendos pequeños y un deseo disminuido enmarcan su trabajo. Ya se acostumbró a traer los ojos de los hombres embarcados a su cuerpo. Le gusta el dinero, lo difícil del día consta en mantener la motivación. Su ex le quitó a la niña. El juez consideró que sus adicciones y su trabajo no eran lo más apto para una nena. Siempre lleva una foto de ella como una estampa religiosa. Los lunes descansa y sale a caminar, a dar la vuelta. No sabe qué hacer con su tiempo, con su dinero, por eso sigue adornándolo, le agrega más tinta, más dolor. No cualquiera lleva miles de dólares en arte bajo la ropa. Eso la hace feliz, se siente superior. Sabe que es atractiva, pero eso ya no le importa. Sigue buscando a Dios en alguna religión, pero se le esconde, nunca lo ha podido encontrar.

Coronar a la reina del centro comunitario fue uno de los eventos principales de la noche. Little Joey había invitado a todos sus homeboys para que vieran como su hermanita ganaba la corona.



—How pretty, hija! ¡Ese vestido está muy bonito!

Los ojos de su madre se iluminaban cada vez que modelaba y ensayaba la manera de caminar de la sala a la cocina. Él las observaba emocionado, le gustaba verlas felices. Un cortocircuito en el fuselaje del galerón fue suficiente para que el sonido de la banda no retumbara. La voz del presentador resquebrajaba algunas palabras, el resto era adivinado por la audiencia. Los chicos de la second street interpretaban música de Los Bukis y los Jackson Five. El instructor musical había aprendido que el debate generacional disminuía cuando uno practicaba la música que agradara a los primogénitos. Sus pupilos tenían aliados en casa que los empujaban a seguir interpretando ¡tan bonita música! Ella estaba nerviosa, seguía el grupo de teatro, después ella y su corona. Había esperado tanto tiempo para cumplir los quince, poder inscribirse y ser parte del concurso. Hoy que estaba aquí sabía que sería la elegida, la que saldría reluciente.

Todo fue tan rápido, ese vestido deslumbrante perdió importancia en tan solo tres horas. Los ojos brillantes apuntaban el lugar donde recibió su corona. Tenía la cara llena de desencanto, había probado ser la más bella pero no la más afortunada. Los demás salían del evento, pero ella seguía ahí con su corona. El motor del automóvil se había sobrecalentado y a ella le tocaba hacer las diligencias de conseguir el anticongelante para enfriarlo. Sentía los dedos hinchados, rojos de tanto apretar un contenedor. El automóvil tenía el cofre roído, había aceite por todas partes, su madre acostumbrada a lidiar con el auto pasada, sin saber qué hacer, echando aire con un cartón. El auto era el culpable, lo odiaba. El vestido de su hija había dejado de ser tan importante como el abono para un radiador nuevo. Sentía cómo los demás, la audiencia que le había aplaudido, ahora soltaban todo el veneno sobre su hija. Cómo llevaban las garras llenas del líquido impregnado de ponzoña. La reina se acariciaba la corona, se aferraba a ella, la cuidaba, se la quitaba, se la ponía, era una puerta dimensional.

Ahora, su felicidad consistía en salir temprano de trabajar; en esos días fríos pasar por un chocolate caliente, y ponerse unos pants. Felicidad es no sufrir, no tener hambre, felicidad es poder pagar el cine. Felicidad era dejar de soportar los cuerpos decadentes y pesados sobre ella, moviéndose sudorosos, tratando de ser gentiles, pero apretándole con fuerza sus recién inaugurados senos.

Las injurias siguen ahí, le lastiman, le carcomen, le hacen tomar decisiones equivocadas. Pensaba mientras vertía un bote lleno de agua dentro del escusado para ayudar a que se fuera la orina por el retrete. Recordaba aquel día de su reinado, esa vez cuando su madre le pidió que fuera amable y acompañara a su profesor por anticongelante para el carro.

Friendly Fire

—Hablo para reportar una emergencia. Sí, todo está bien, pero no sé qué pasó. Se escucharon unos disparos en el piso de abajo. Estoy en el hotel El Sueño.

Ojos invasivos, miradas de desprecio consumían la vida del policía cansado. Estaba harto de aguantar comentarios malintencionados, de esos que empiezan con un no offense but supuestamente dirigidos para otros. Eran navajazos encaminados hacia los que no servían a la comunidad, para los recién llegados. Etu Brown sabía que valía por su uniforme. Cuando andaba de civil, le gritaban, cuchicheaban, se reían de él. Eran otras sus raíces, sin embargo, siempre lo confundieron con mexicano. La mala baba venía hasta de los mismos mexicanos quienes se molestaban cuando no contestaba en español, “míralo no quiere hablar español ¿y el nopalote que trae en la frente qué?”. Era difícil ser Navajo en ese contexto.

Lucía

No te sorprendió que la tubería estuviera congelada, entre sueños la helada traspasó tus cobijas. El café negro se quedó en deseo. La noche anterior dejaste un vaso con agua que sólo alcanzó para lavarte la cara. Tu marido despertó temprano para calentar el motor del automóvil. Era como un llantasaurio al que todas las mañanas reanimaba con pequeñas dosis de gasolina. Con una espátula rasgabas sus ojos cubiertos de hielo. El motor del auto temblaba tanto que parecía calarle el frío. Los pasos lentos del animal te permitían arreglarte mientras llegaban al puente. La lucecita del espejo te balbuceaba la vereda que siguió el carmesí por tu boca. Tu marido no hablaba, parecía haberse fundido con el llantasaurio. Así comenzaba la rutina de tu exilio semanal. Intuías que él estaba nervioso, que sus dolores de cabeza no eran por estrés, pero tu apuro no te dejaba preocuparte. Te cercioraste de traer *la visa*, la sacaste de tu bolso, los faros de la calle la hacían brillar como si supieran de su importancia. Desde que te mudaste a Ciudad Juárez aprendiste que el pasaporte te da otras posibilidades y que es un cedazo que te separa de los demás.

Recordaste que te advirtieron no llegar tarde. Al parar el auto, sin decir nada, tu marido te besó la mano. Sólo le contestaste con una sonrisa, seguías pensando en tu jefe y lo pesado que era subir el puente. Bajaste apresurada, buscando unas monedas. Te parecía absurdo que cobraran tres pesos para poder ir a cuidar a Don Lauro. Tus pantorrillas adoloridas maldecían al viejo. Cada inicio de semana la joroba del puente era más pesada. Al caminar de bajada, te sostenías fuerte del pasamano, tenías miedo de caer. El concreto congelado era un obstáculo más en tu lista de quehaceres. Evitabas llenar tu mente con cosas negativas, pero sabías que al lastimarte perderías el trabajo, en esa casa eran muy estrictos.

Los pómulos se te irritaron, te salía vapor de la nariz. Al llegar a la sala de inspección sentiste alivio. Unos cartelones verdes dándote la bienvenida a Estados Unidos parecían hacerse pequeños al lado de las múltiples advertencias que indicaban lo que puede ser tomado como contrabando.



La calefacción le regresó movimiento a los dedos de tus pies. Con la mirada triste recorriste la línea de personas, calculando el tiempo que te tomaría para cruzar a El Paso. Había otros cuerpos esperando junto a ti. La risita burlona de unas jovencitas, seguramente estudiantes, distraía tus pensamientos. Llegaste a creer que penetraban tu cabeza y que se mofaban de ti. Las veías con ojos aplastantes, querías enmudecerlas, que entraran en un luto emocional, como el tuyo.

A lo lejos se escuchó la voz de un oficial:

—Vamos a agilizar el proceso. A ver, los que van a la escuela quédense en esta línea. Los que van a trabajar vénganse a esta línea.

Reaccionaste por instinto, querías llegar temprano a casa de Don Lauro: ¡Caíste en su red, Lucía!

Pesimista, intuías tu destino. Había guardias por todas partes, no podías escapar. Frente a ti otras se quedaban sin pasaporte. Querías que los segundos se extendieran, que sucediera un terremoto, una fuga de gas, una bomba. La línea avanzaba y sentías tus lágrimas desprendiéndosete del rostro.

Regresabas sin prisa acariciando al puente, contemplabas al cielo cambiando de color. Te despedías del exilio con una sonrisa, en tu cabeza solo retumbaban esas palabras que hasta ahora te siguen asechando:

—Señora, con su visa de turista no puede trabajar en los Estados Unidos. Déjemela aquí, regrese a su país.

Índice

Domingo.....	13
Thoughts & Prayers.....	16
La Búsqueda.....	20
Gentrificación.....	24
Señal.....	25
Rocamadour.....	26
1231.....	28
Libélula.....	29
Renata.....	31
Velarde.....	32
El Vestido de la Reina Kitsch.....	37
Friendly Fire.....	43
Cutlass.....	47
Lady Liberty.....	51
Carta a un Héroe.....	54
Cubículo.....	57
La Lengua del Caracol.....	60
Al Sol Seguía.....	63
Lucía.....	66
Civismo.....	70
Civility.....	72
Donald, El Pato.....	73
Junkie.....	74
Party Crasher.....	76
Nacimiento.....	77
Equals.....	78
Hastío.....	79
Libro.....	81

El Vestido de la Reina Kitsch tiene un bagaje cultural del norte de México y un giro bilingüe del sur de los Estados Unidos. Los pies de este libro se postran sobre dos mundos, hay una frontera implícita, una ventana hacia las diversas posibilidades de las migraciones humanas. Es una colección de microficciones, cuentos, relatos, pensados con la seriedad de un humor oscuro, un sarcasmo puntual, encapsulados dentro de una economía de palabras: una decadencia corrosiva deambula a lo largo del texto. Aquí no existe un tema central, solo un hilo conductor lleno de pesimismo colectivo que se traduce, a caso, en un determinismo social, en una terrible determinación que llega desde el poder político, desde la insensibilidad de los y las demás. La multiplicidad de voces contenidas en este cuentario expone al lector a diferentes realidades dentro de una misma condición, la humana.

